

## Condecorada

**L**A estación era inmensa y la dama muy pequeña; sin embargo, apenas hubo descendido de su vagón, en Saint Germain, Oscar tropezó con Antonieta. Ella lo recibió en la aguda punta de su codo. Le había hecho daño; se excusó él. La miró, sonrió ella. Y los dos partieron tomados del brazo. ¡En París, uno se casa muy fácilmente!

Oscar Fraisier no era un personaje cualquiera. A pesar de que todavía se hallaba en "la flor de la edad" — ¡cuarenta y cinco años! — adornaba su vientre con una hermosa medalla de diputado por el Departamento de la Marne-Inferior, miembro de la comisión de retiros patronales y autor de un proyecto para la transformación en irrigadores de todas las jeringas usadas por las tropas de caballería. En cuanto a Antonieta... ¡Dios mío! Era Antonieta de la Estación Saint Lazare, una morecha amable que hubiese sido célebre si bastara para ello ser conocida por todo el mundo.

Oscar regresaba de Saint Germain, donde había almorzado en casa de su amigo y colega Croutard, el antiguo ministro y hoy millonario, socialista unificado. Como en la mesa de este apóstol que no es por cierto un asceta — los vinos son elegidos y casi centenarios, Oscar sentía su cabeza llena de mariposas azules y todos los pajarillos más lindos del cielo cantaban en su corazón. La frase pertenece a una de mis buenas camaradas.

Para decir verdad, estaba perfectamente borracho, y — corolario — tierno y dulce como un cordero. Por estas razones Antonieta lo condujo hasta su casa, calle de Provence, tercer piso alto, con la misma facilidad que lleva el pescador en su cesta, una trucha o un besugo.

En la cesta de Antonieta — nos referimos a su coqueta habitación — Oscar se portó galantemente, porque nuestros "honorables" son sin duda los descendientes de aquellos caballeros del Rey de Francia, y el recuerdo de Enrique IV los obliga. Las cosas comenzaron a volverse desagradables cuando llegaron las dos de la mañana, el momento de partir.

Después de darle un último beso en la nuca, Oscar se dispuso a salir a la calle, pero la otra, no sin sorpresa, se colocó al través de la puerta y abrió los brazos para impedirsele.

— ¡No! ¡Pero no! ¡En qué estás pensando? ¡Pretendes ser mi amante? ¡No te has mirado en el espejo?

— ¡Pero sí! — protestó Oscar — ¡qué te hace falta?

— Un luis.

— ¿Un luis?

— ¡Un luis! No eres tú quien va a engañarme, ciertamente.

Pero Oscar sabía muy bien los derechos que le acordaba su mandato electoral. Sacó de la cadena una medalla de oro y dijo:

— ¡Me fastidias! ¡Soy diputado! ¡Esta es mi medalla! ¡Tengo derecho a la gratuidad! ¡No he pagado a nadie, nunca! ¡No sé porqué debería comenzar por tí!

— ¿Qué quiere decir eso?

— Lo que oyes. Ahora bien: si pretendes las palmas académicas para el 14 de Julio, puedo conseguírtelas. Soy íntimo amigo del jefe administrativo en el ministerio de Instrucción Pública. ¡Íntimo! ¡Qué bien te quedarán las palmas, allí!

— ¡Ay! Nada de bromas. ¿Quieres darme un luis? A la una, a las dos, a las...